

gratificaciones del momento se añadieron dotaciones permanentes de 500 francos para los soldados que habian sufrido la amputacion, y de 1,000, 2,000, 4,000, 5,000 y 10,000 en favor de los militares que mas se habian distinguido, desde la clase de sargento hasta la de coronel. Para los oficiales y generales no fué mas que una primera remuneracion, á que siguieron posteriormente otras mas considerables, é independiente de las asignaciones de la Legion de Honor y de las pensiones de retiro legalmente debidas al fin de la carrera militar.

El vencedor anhelaba que todo el mundo participase de su prosperidad y de su gloria. En cuanto á él, sencillo, económico, magnifico únicamente para los demas, reprimia con mano fuerte toda malversacion de los caudales públicos, era inflexible para todo gasto que no le parecia indispensable para su palacio ó el Estado, y solo era pródigo en miras elevadas y en lo que podria formar la grandeza del imperio ó la suya. Los detractores de su gloria y de la de la Francia, han pretendido que despojando á los vencidos, y saciando la codicia de los soldados, habia tomado de los unos los medios de escitar el valor de los otros. Quédense en buen hora semejantes calumnias para los estrangeros ó para los partidos asociados á sus mezquinas pasiones. No se cogian, no, aquellos tesoros no pertenecian á los pueblos, sino á los emperadores, reyes, príncipes y conventos, conjurados contra la Francia desde 1792. Los pueblos vencidos fueron tratados con cuanta consideracion permitia la guerra, con mucha mas que lo habian sido en ningun tiempo y en nin-

gun pais, y mucho mejor que despues lo fué la misma Francia. Con respecto á aquellos soldados heroicos, cuyo valor se dice que Napoleon escitaba con dinero, no sospechaban que al correr á Austerlitz, Jena, Eylau y Friedland, seguiria sus huellas la fortuna, cómo no sospecharon que habia de seguir las en Marengo, en Rivoli, y mas antiguamente en Valmy ó en Jemmapes. Despues de haber volado á la defensa de su pais en 1792, se lanzaban entonces á la gloria, impulsados por la pasion de las grandes acciones que la revolucion francesa habia hecho nacer en ellos, y que Napoleon habia exaltado hasta el mas alto grado. Si despues de desafiar el frio, el hambre y la muerte, encontraban su bien estar, era una sorpresa de la fortuna que disfrutaban como un soldado goza de un puñado de oro encontrado en el campo de batalla; y se hallaban prontos á abandonar aquellas satisfacciones para esponer de nuevo aquella vida, que no miraban como suya, y de que se apresuraban á hacer uso, como de un préstamo que les concedia Napoleon hasta tanto que les exigiese su sacrificio.

Napoleon adoptó otras medidas tan sábias como humanitarias. Segun su costumbre en cada intervalo de paz, mandó consecutivamente muchas revistas del ejército para hacer salir de las filas á los soldados fatigados ó mutilados, que no servian mas que para estimular á los jóvenes con sus relaciones militares. Hacia que se les arreglase su pension y que se ocupase su lugar por conscriptos, repitiendo sin cesar que el tesoro del ejército era bastante rico para pagar servicios antiguos, pero que el presupuesto del Estado no lo era bas-

tante para pagar soldados que ya no podían prestar un servicio activo. Pensando en los méritos civiles tanto como en los militares, exigió y obtuvo una modificación en la ley de las pensiones civiles, ley que desde 1789 había variado tanto bajo la influencia del capricho popular, como variaban las recompensas antes de aquella época, bajo la influencia del capricho real. En tiempo de la Asamblea constituyente se adoptó como límite más elevado de toda pensión civil, la suma de 10,000 francos; en tiempo de la Convención 3,000, y en el de el Consulado 6,000. Napoleón quiso que se fijase en 20,000, reservándose acercarse á aquel término, pero sin llegar hasta él más que en favor de servicios brillantes y extraordinarios. La muerte de Mr. Portalis, que dejó una viuda sin recursos, le inspiró aquel pensamiento poco peligroso para las rentas de un Estado, y útil para el desarrollo de los talentos. Concedió una pensión de 6,000 francos y una suma de 24,000 a la señorita Dillon, hermana del primer oficial muerto en los desórdenes populares. Cuando murió en la Martinica madama de La Pagerie, madre de la emperatriz, hizo dar libertad á los negros y negras que la habían servido, dotó á una joven que la había cuidado, y en una palabra, difundió la dicha entre todos los que habían estado á su lado.

La iglesia, como todos los servidores del Estado, tuvo parte en la munificencia del conquistador. A propuesta del príncipe Cambaceres que había de-pachado interinamente el ministerio de Cultos, durante el intervalo trascendido entre la muerte de Mr. Portalis, y el nombramiento de Mr. Bigot de Preameneu, estableció que el número de las ayu-

das de parroquia se aumentase desde 24 al de 30,000 para hacer extensivo el beneficio del culto á todos los comunes del imperio. Observando además, que era menor el número de personas que se dedicaban á la carrera del sacerdocio, que en otro tiempo, concedió 2,400 becas para los pequeños seminarios. Deseaba hacer conocer á la iglesia que si tenía con su gefe algunas diferencias de naturaleza puramente temporal, con respecto á lo espiritual estaba siempre dispuesto á servirla y protegerla. En aquel momento, cumpliendo con la ley de 1806 que le autorizaba para crear una universidad, se ocupaba de la fundación de aquel gran establecimiento; pero aquel pensamiento no estaba todavía maduro, ni en él, ni en los que le rodeaban, contentándose por entonces con aumentar el número de becas en los liceos.

En tanto que con tan decidido interés miraba por los demás, se prestó á una medida que parecía no tener por objeto más que su gloria personal. Consintió después de un deseo manifestado por la sincera adhesión de unos y la adulación de otros, en variar el título del código civil, y llamarle Código Napoleón. Si alguna vez se ha merecido un título, lo era este seguramente, porque aquel código era la obra de Napoleón, como las victorias de Austerlitz y Jena. En Austerlitz y en Jena había tenido soldados que le prestaron sus brazos, como en la redacción del código había tenido juriscoñsultos que le prestaron su ciencia; pero á la fuerza de su voluntad, y á la seguridad de su juicio se debía la conclusión de aquella grande obra. Y si Justiniano, que según una expresión del preámbulo, *combatía por medio de sus generales y*

pensaba por medio de sus ministros, habia podido dar su nombre al código de las leyes romanas, Napoleón con mucha mas razon podia dar el suyo al código de las leyes francesas. Además, el nombre de un grande hombre protege las buenas leyes, como las buenas leyes protegen la memoria de un grande hombre. Nada, pues, mas justo que esta medida, y fué imaginada, propuesta y acogida por todo el que tomaba parte en el gobierno, casi sin dejar á Napoleón el trabajo de desealarla y de pedirla. Este escribió á sus hermanos y á los príncipes sujetos á su influencia, invitándolos á introducir en sus estados aquel código de la justicia y de la igualdad civil: ya habia mandado su observancia en toda la Italia, y previno á su hermano Luis que le adoptase en Holanda, y á su hermano Gerónimo en Westfalia. Invitó al rey de Sajonia, gran duque de Varsovia, á que le introdujese en la Polonia restaurada. Estudiabanlo ya en Alemania, y á pesar de la repugnancia con que aquella nacion debia mirar todo lo que procedia de Francia, atraja todas las simpatias la equidad de un código, que á su exactitud, su claridad y su consecuencia, tenia la ventaja de restablecer la justicia en la familia, y hacer cesar la tiranía feudal: los habitantes de Hamburgo le habian reclamado, y acababa de ponerse en práctica en Dantzic. Se anunciaba que lo mismo sucederia en Brema y en las ciudades anseáticas. El príncipe primado en su principado de Francfort y el rey de Baviera en su monarquía engrandecida, le habian mandado estudiar, para introducirle en los ánimos antes de introducirlo en la práctica: el gran duque de Baden acababa de admitirle para su ducado. De este modo la Francia

indemnizaba á la humanidad de la sangre derramada durante la guerra, y compensaba en algo el mal hecho á la generacion presente, asegurando un bien inmenso á las futuras generaciones.

Aunque la Providencia dispensase todos los géneros de gloria á una nacion, tendria esta un vivo pesar, y no podria concebirla si se la negaba la gloria de las ciencias, de las letras y de las artes; y si los romanos no hubiesen tenido mas que el mérito de vencer al mundo, de civilizarle despues de sometido, de darle leyes inmortales, que adaptadas á nuestras costumbres, viven todavia en nuestros códigos, sino hubiesen tenido mas que este mérito eminente, si no hubieran contado en el número de sus grandes hombres á Horacio, Virgilio, Ciceron y Tacito, no habiendo hecho nada por encantar á la humanidad, despues de hacerlo todo para dominarla, dejarian á los griegos el honor de formar sus delicias, y ocuparían en la historia del entendimiento humano, un lugar muy inferior al de aquel pequeño pueblo. Pero el genio del gobierno y de la guerra no ha existido jamás sin el genio de las letras, de las artes y de las ciencias, porque es imposible obrar sin pensar, y pensar sin hablar, eseribir y pintar.

La Francia, que tanta sangre generosa ha vertido en todos los campos de batalla de la Europa, la Francia ha tenido tambien esta doble gloria; y mientras conseguia las victorias de las Dunas y de Rocroy, creaba el *Cid* y *Atalia*: tenia á Condé, y á Bossuet para celebrar á este. Napoleón movido por su inmenso deseo de ser grande; pero de serlo con la Francia y por la Francia, hubiera querido tambien reunir bajo su cetro todas las coronas, las

de la inteligencia y las de la fuerza, y no renunciaba á producir literatos, sábios y pintores, como producía héroes. La voluntad lo puede todo entre los hombres, escepto el variar los tiempos, y los tiempos pueden mas sobre el genio de las naciones que toda la voluntad de los gobiernos Carlomagno, á pesar de haber sido tan grande y de su pasión por los mas nobles estudios, no consiguió fecundizar un siglo bárbaro; Luis XIV que apreciaba mucho el genio, unas veces sin comprenderle, y otras maltratándole, no tuvo mas que dejarle obrar para presenciar en derredor suyo, el espectáculo mas hermoso que ha ofrecido jamás el humano entendimiento, porque jamás produjo obras tan grandes y tan perfectas. Aunque Napoleón hubiera tenido el tiempo que le faltó por su culpa, no hubiera devuelto á la nación francesa la juventud y el vigor de espíritu que produjo el *Cid* y *Atalia*, y ciertamente le hubiera rehusado la libertad que crea los Cicerones y Salustios cuando ella existe, y los Tácitos cuando ya ha dejado de existir.

La Francia, de 1789 á 1814, eminente en las ciencias, y que creia serlo en las artes del dibujo, no se lisongeaba de serlo tambien en las letras. En las ciencias, tres sábios ilustres por sus vastos y nobles trabajos aseguraban á su época una gloria duradera. Mr. Lagrange, llevando mas alla de sus antiguos límites la ciencia algebraica, daba nuevo poder al calculo abstracto. Mr. de Laplace, aplicando aquella potencia al universo, ejecutaba la única cosa que quedaba por hacer despues de Galileo, Descartes, Kepler, Copérnico y Newton, el calcular con una exactitud todavia desconocida los movimientos de los cuerpos celestes, y presen-

tar el sistema del mundo en su sublime conjunto. En fin, Mr. Cuvier, dedicándose á observar con calma y asiduidad los restos de que nuestro planeta se halla cubierto, estudiando y comparando entre sí los cadáveres de los animales y las plantas ocultas debajo de la tierra, descubria la sucesion de los tiempos en la de los seres, y creando la ingeniosa ciencia de la *anatomía comparada*, hacia positiva la hermosa historia de la tierra que Buffon habia conjeturado por un esfuerzo de su genio, pero que habia dejado problemática, porque en la época en que vivia se carecia de hechos suficientemente observados.

En las artes del dibujo se habia efectuado una reaccion apreciable por su intencion, contra el gusto del siglo XVIII. Durante este siglo afeminado y filosófico, Boucher, el pintor predilecto de la Regencia, habia representado en sus cuadros licenciosas cortesanas, notables, no por su belleza, sino por cierta gracia lasciva. Greuze, con inspiraciones mas honestas, le habia opuesto virgenes encantadoras, pintadas con delicadeza y suavidad. Pero el arte rebajado por Boucher no habia sido elevado por Greuze á la dignidad de estilo que Poussin, á falta de genio, habia sabido conservar. A una nación no la es permitido mas que una sola vez el ofrecer á la admiracion del mundo el talento de Miguel Angel y de Rafael; pero todas, cuando practican las artes, deben aspirar por lo menos á la correccion y nobleza del dibujo, y pueden llegar á conseguirlo por medio de severos estudios. Esto fue lo que ejecutó el célebre pintor David. Disgustado del carácter del arte en el tiempo de su juventud, corrió á Roma, en donde le causó tan

fuerte impresion la belleza tierna y sublime de los maestros italianos, que exaltándose poco á poco su pasion por lo bello, se remontó desde los italianos del siglo XV á los antiguos, y en vez de las cortesanas de Boucher ó de las púdicas virgenes de Greuze, pintó en sus cuadros estátuas antiguas, elegantes, pero duras, privadas de vida y aun de colorido, y al adquirir mejor estilo y correccion en el dibujo, habia perdido la facilidad y el brillo del pincel, que todavía distinguian á Boucher y Greuze. Era una escuela de imitacion grave, noble y sin genio. Sin embargo, un pintor, Mr. Gros, se substraia á la imitacion de los bajos relieves antiguos, pintando batallas. Dibujaba mal, componia medianamente, pero escitado por el espectáculo de la época, y arrastrado por una especie de fogosidad natural, representaba en el lienzo imágenes que vivirán probablemente por cierta fuerza de ejecucion y brillo de colorido. El estilo es el que asegura la duracion de las obras del genio, y la ejecucion la de las obras del arte, porque no es el único, sino el mas elevado, el mas constante de los signos de la inspiracion. Otro pintor, Mr. Prudhon, imitando á Corregio por su gusto y gracia naturales, daba á sus obras alguna apariencia de originalidad en un tiempo en que si no se pintaban Brutos y Leonidas, era preciso pintar granaderos de la guardia imperial. Pero ni Mr. Gros, ni Mr. Prudhon, á quienes la edad siguiente ha hecho mas justicia, inspiraban tanto interés como los señores David, Girodet y Gerard. La Francia los miraba como los rivales de los maestros de Italia. Singular y honrosa ilusion de una nacion que entusiasmada por todos los géneros de gloria,

aspiraba á poseerlos todos, y aplaudia hasta la mediania con la esperanza de ver salir de ella el genio...

En las letras, la Francia distaba mucho mas de la verdadera superioridad: pero juez escelente y recto en esta materia no se equivocaba. Una especie de inercia poco comun se habia apoderado entonces del ingenio nacional. En el siglo XVII se habia visto á la Francia adornada con todo el brillo de la juventud y de la gloria, sobresalir hasta el mas alto punto en la representacion trágica de las pasiones del hombre; y en la representacion cómica de sus estravagancias, é ilustrar el púlpito con una elocuencia grave, fuerte y sublime, desconocida en el mundo, que no la habia escuchado y que no oirá jamás. En el siglo XVIII, mudando repentinamente de gusto, de espíritu y de creencia, se la vió abandonar el arte por la polémica, atacar el altar, el trono, todas las instituciones sociales, y producir una literatura nueva, vehementemente y llena de acrimonia, inmortal tambien; pero menos bella que la literatura que se ocupa en la pintura del corazon humano. Vióse la de este modo variar hasta lo infinito las producciones del talento, y no agotarse nunca, como la fuente en que los antiguos suponian que residia el genio, y que derramaba de continuo por el mundo sus abundantes aguas. Mas de repente, despues de una revolucion inmensa, la mas humanitaria por su objeto, la mas terrible por los medios, la mas vasta por sus consecuencias, el ingenio francés, que la habia deseado, llamado y producido, se encontraba sorprendido, turbado, asustado de su propia obra, y, por decirlo asi, es-

tenuado. La literatura francesa, despues de la revolucion de 1789, á pesar de la influencia de Napoleón, permanecia nula y sin inspiraciones. La tragedia, bien decayda ya, aun cuando Voltaire pintaba en su *Zaira* los combates de la religion y del amor, se arrastraba pidiendo unas veces á la Grecia y otras á la Inglaterra, ya á Sofocles, ya Shakspeare, inspiraciones que vale mas esperar de la naturaleza, y que no se hallan cuando se buscan, porque el genio verdaderamente inspirado no tiene necesidad de excitacion estraña: su propia plenitud le basta. Mr. Chenier imitaba con estilo noble y puro la tragedia griega: Mr. Ducis, con lenguaje incorrecto y tierno, la tragedia inglesa. La comedia, cuyo continuador mas afamado en Francia lo era entonces Mr. Picard, pintaba sin profundidad, pero con alguna gracia y ligereza, los caracteres indecisos; porque los grandes habian sido trazados para siempre por Moliere, y por uno ó dos de sus discípulos. El púlpito habia perdido su autoridad, y la tribuna enmudecido. No habia mas elocuencia que la de Mr. Regnault, que esponia con estilo brillante y fácil los sucesos menos importantes de aquel tiempo, y la de Mr. Fontanes, que espresaba algunas veces, á la cabeza de los cuerpos del Estado, en estilo correcto, elegante y noble, grande por la magnitud de los acontecimientos, mas que por la grandeza del escritor, la admiracion de la Francia por los prodigios del reinado imperial. Por último, la historia carecia de libertad y de esperiencia, y no habia contraido aun ese gusto de indagacion que despues la ha distinguido.

La literatura francesa no recobraba una origi-

nalidad verdadera y una elocuencia patética, sino cuando Mr. de Chateaubriand, celebrando los antiguos tiempos, se dirigia, como ya hemos dicho, á esa verdadera melancolia del corazon humano que echa siempre de menos lo pasado, sea lo que fuere, y aun lo menos digno de ser sentido, únicamente porque ya no existe. Sin embargo, el siglo tenia un escritor inmortal como César: era este el mismo soberano; gran escritor, porque tenia un talento asombroso, orador inspirado en sus proclamas, cantor de sus propias empresas en sus boletines, demostrador enérgico en muchas de sus notas, en una multitud de artículos insertos en el *Monitor*, y de cartas dirigidas á sus agentes, que sin duda aparecerán algun dia y sorprenderán al mundo como le han sorprendido sus acciones. Con hermoso colorido cuando pintaba, claro, exacto, vehemente, imperioso cuando demostraba, era siempre sencillo como convenia al importante y sério papel que la Providencia le habia confiado, pero á veces algo declamador, por un resto de costumbre peculiar á todos los hijos de la revolucion francesa. Destino singular de aquel hombre prodigioso, que al mismo tiempo que era el mejor escritor de su siglo, era tambien el capitán mas inteligente y aguerrido, el mejor legislador y el mas hábil administrador!.... La nacion, que en un dia de fatiga le habia confiado el cuidado de querer, ordenar y pensar por todos, le habia, en algun modo, concedido con el mismo privilegio el don de hablar y de escribir mejor que todos.

En aquella época, en aquella inquieta agitacion de una literatura caduca que buscaba inspiraciones por todas partes, se notaba ya una doble

tendencia literaria. Unos querian remontarse al siglo XVII y á la antigüedad, como al origen de toda belleza, y otros querian que la Inglaterra y la Alemania les descubriesen el secreto de emociones mas fuertes; ¡tristes esfuerzos del espíritu de imitacion que varia de objeto sin llegar á la originalidad que le ha sido rehusada! Napoleon, por su gusto natural hácia lo bello en toda su pureza, y por instinto de nacionalidad, rechazaba todas aquellas nuevas tentativas: hacia elogios de Racine, Bossuet, Moliere y los antiguos, y se dedicaba á hacer florecer en la universidad los estudios clásicos. En fin, procurando obrar fuertemente sobre el espíritu público, imaginó un medio para producir buenos escritores, que en su concepto era el mejor y mas eficaz, y consistia en darlos honor y reputacion, con justicia, autoridad y liberalidad. En un pais libre, millares de criticos, ilustrados ó ignorantes, justos ó apasionados, honrados ó pervertidos, discuten acerca de las obras del ingenio, y después de un vano ruido, son reemplazados por el tiempo, que dicta su fallo con seguridad y dulzura, ó no haciendo mencion de ciertas obras, ó hablando de algunas otras. Pero Napoleon, al conceder la libre discusion sobre las letras, no estaba resuelto á consentirla demasiado amplia; y en cuanto al tiempo, era demasiado impaciente para aguardar sus decisiones. Ideó, pues, pedir á cada clase del instituto informes minuciosos sobre la marcha de las letras, de las ciencias y de las artes desde 1789, señalando sus tendencias buenas ó malas, las obras de mérito y las medianas, distribuyendo con rigurosa imparcialidad la alabanza y la censura. Los informes debian consultarse por

cada una de las clases para que tuviesen la autoridad de una sentencia, presentarse por uno de los hombres eminentes de la época, y leerse á presencia del emperador en el Consejo de Estado, para que de este modo desde lo alto del trono pudiera juzgar y dar estímulo á las obras del talento francés.

En su consecuencia, Mr. Chenier se presentó á leer, delante de Napoleon, y en una sesion del Consejo de Estado, un informe sencillo á la par que elevado, sobre la marcha de las letras desde 1789. Napoleon, después de la lectura respondió á Mr. Chenier con estas hermosas palabras.

«Señores diputados de la segunda clase del Instituto.

«Si la lengua francesa ha llegado á ser una lengua universal, se lo debemos á los hombres de talento que han tomado y toman asiento entre vosotros.

«Aprecio mucho los buenos resultados de vuestros trabajos: tienden á ilustrar á mis pueblos, y son necesarios para la gloria de mi corona.

«He oido con satisfacion el relato que me habeis hecho. Podeis contar con mi proteccion.»

Cuando los gobiernos quieren mezclarse en las obras del talento humano, deben hacerlo con miras elevadas. Napoleon, á este modo de distribuir la gloria por una decision de la autoridad pública, agregaba una munificencia de que ya hemos citado varios ejemplos, y el mas fecundo de todos los estímulos, la aprobacion y las alabanzas del ingenio. En otras sesiones oyó á Mr. Cuvier un informe sobre los progresos de las ciencias, á Mr. Dacier otro sobre las indagaciones históricas,

y sucesivamente á los representantes de todas las clases, sobre los objetos que les concernian. Deseo de dar á las artes del dibujo una muestra no menos palpable de atencion; fué él mismo con la emperatriz y una parte de su corte, á casa del pintor David, para ver el cuadro de la Coronacion, y despues de haberle examinado, le dirigió las expresiones mas lisonjeras.

Tales eran las ocupaciones de Napoleon desde su regreso de Tilsit, y tal el espectáculo que ofrecia la Francia en su reinado, ya por efecto de las circunstancias, ya por la influencia personal que ejercia sobre ella. La mayor parte de las medidas que acababa de adoptar, exigian necesariamente el concurso del Cuerpo legislativo. Hacia mas de un año que no le habia reunido, y estaba impaciente por convocarle, tanto para presentarle las leyes de hacienda, el Código de comercio y las leyes relativas á las obras públicas, cuanto para hacer ante los cuerpos del Estado una manifestacion europea. Habia resuelto abrir la legislatura el dia 16 de agosto, dia siguiente al en que se celebraba la fiesta de San Napoleon. El 15 fué para París y toda la Francia una verdadera festividad, porque todavia duraba el júbilo que habia producido la paz, pues firmada en Tilsit, el 8 de julio, y conocida en París el 15, solo hacia un mes que se disfrutaba de ella. Al regocijo de la paz continental se reunia la esperanza de la paz marítima. La presencia de Napoleon en París habia ya ejercido su influencia ordinaria: comunicábase á todas partes nuevo movimiento, y abundaba el dinero. Los que acababa de enriquecer el emperador, edificaban casas magnificas, y las adornaban y amueblaban

suntuosamente. Sus esposas derramaban el oro á manos llenas en las tiendas de lujo. Se anunciaba una larga permanencia en Fontainebleau, á donde seria convidada toda la alta sociedad de París, y en que se darian fiestas de que habia privado el invierno. Por último, la gloria nacional que hacia latir vivamente todos los corazones, contribuia tambien al público regocijo. La noche del 15 de agosto, fué tan brillante, como el mas claro y hermoso dia. Toda la poblacion acudió por la tarde al frente del palacio, llena de entusiasmo, pidiendo ver al glorioso soberano, que tantos bienes reales ó aparentes habia derramado sobre la Francia, y que sobre todo la habia hecho tan grande. En honor de la naturaleza humana, es preciso reconocer que lo que mas la atrae es la gloria. Napoleon no hubiera sido emperador y rey, si no se hubiese visto en su persona el hombre mas grande de los tiempos modernos. Se presentó varias veces, dando la mano á la emperatriz, y aunque apenas se le distinguia en medio del brillante acompañamiento que le rodeaba, se le saludaba y aplaudia como si se le viera claramente. Quiso ser testigo desde mas cerca del entusiasmo popular, y salió disfrazado con su fiel Duroc para pasear por el jardin de las Tullerías. A favor de la noche y de su disfraz, pudo sin ser conocido gozar de los sentimientos que inspiraba, y en todos los grupos oyó pronunciar su nombre con reconocimiento y amor. Detúvose en el jardin para escuchar á un niño que gritaba con la mayor vehemencia: *viva el Emperador!* Le tomó en sus brazos, y le preguntó por qué gritaba de aquel modo, á lo cual contestó, que porque su padre y su madre le enseñaban á amar

y bendecir al emperador. Eran aquellos unos bretones, que obligados a abandonar su país por los horrores de la guerra civil, habían encontrado en París el reposo y su bienestar con un modesto empleo. Napoleón conversó algunos instantes con ellos, y hasta el día siguiente, no supieron, por una muestra de favor, ante qué poderoso testigo habían dado expansión á sus sentimientos.

Al siguiente día 16, Napoleón se trasladó al Cuerpo legislativo, rodeado de sus mariscales, y seguido de un inmenso pueblo, y encontró al Consejo de Estado y al Tribunaído reunidos con los individuos del Cuerpo legislativo. Mr. de Talleyrand como vice-gran elector que era, presentó á jurar á los individuos del Cuerpo legislativo, recientemente elegidos; despues el emperador con voz clara y penetrante, pronunció el discurso siguiente:

«Señores diputados de los departamentos al Cuerpo legislativo. Señores tribunos é individuos de mi Consejo de Estado.

«Desde vuestra última legislatura, nuevas guerras, nuevos triunfos, y nuevos tratados de paz han cambiado la faz de la Europa política.

«Si la casa de Brandeburgo, que fué la primera que se conjuró contra nuestra independencia, reina todavía, se lo debe á la sincera amistad que me ha inspirado el poderoso emperador del Norte.

«Un príncipe francés reinará en el Elba, y sabrá conciliar los intereses de sus nuevos súbditos, con sus primeros y mas sagrados deberes.

«La casa de Sajonia ha recobrado la independencia que perdió hace cincuenta años.

«Los pueblos del ducado de Varsovia, y los ha-

bitantes de la ciudad de Dantzing, han recobrado su patria y sus derechos.

«Todas las naciones se felicitan unánimemente al ver destruida para siempre la maléfica influencia que la Inglaterra ejercia sobre el continente.

«La Francia se halla unida á los pueblos de la Alemania por las leyes de la Confederacion del Rin; y á los de España, Holanda, Suiza é Italia, por las leyes de nuestro sistema federativo. Nuestras nuevas relaciones con la Rusia están cimentadas en la estimacion reciproca de ambas poderosas naciones.

«En todo cuanto he hecho, mi único objeto ha sido la felicidad de mis pueblos, mas querida y grata á mis ojos que mi propia gloria.

«Deseo la paz marítima: ningun resentimiento influirá jamás en mis determinaciones. No puedo abrigarle contra una nacion, juguete y víctima de los partidos que la desgarran, y tan engañada acerca de la situacion de sus negocios, como sobre la de sus vecinos.

«Pero sea cual fuere el desenlace que los decretos de la Providencia hayan señalado á la guerra marítima, mis pueblos me verán siempre el mismo, y yo encontraré siempre á mis pueblos dignos de mí.

«Franceses, vuestra conducta en estos últimos tiempos en que vuestro emperador se hallaba á la distancia de mas de quinientas leguas, ha aumentado mi aprecio y la opinion que habia concebido de vuestro carácter. Me he envanecido de ser el primero entre vosotros. Si, durante estos diez meses de ausencia y de peligros, he estado siempre presente en vuestro pensamiento, y las muestras

de amor que me habeis dado, han escitado constantemente mis mas vivas emociones. Todos mis desvelos, y aun todo lo que podia tener relacion con la conservacion de mi persona, se dirigian únicamente al interés que teniais en ella, y á lo importante que podian ser para vuestros futuros destinos. Sois un pueblo generoso y grande.

«He meditado diferentes disposiciones para simplificar y perfeccionar nuestras instituciones.

«La nacion ha experimentado los mejores resultados con el establecimiento de la Legion de Honor. He creado diferentes títulos imperiales, para dar mayor esplendor á mis principales súbditos, para honrar servicios brillantes con recompensas proporcionadas á ellos, y para impedir la reaparicion de todo título feudal, incompatible con nuestras constituciones.

«Las cuentas de mis ministros de Hacienda y del Tesoro público os darán á conocer el estado próspero de nuestras rentas. Mis pueblos obtendrán una rebaja considerable en la contribucion de la propiedad territorial.

«Mi ministro de lo Interior os presentará los trabajos que se han comenzado ó concluido; pero lo que queda por hacer es todavia mucho mas importante, porque quiero que en toda la estension de mi imperio, aun en la mas pequeña aldea, se aumente el bienestar de los ciudadanos y el valor de las tierras, por efecto del sistema general de mejoras que he concebido.

«Señores diputados de los departamentos al Cuerpo legislativo, para llegar á este gran resultado me es necesaria vuestra eficaz cooperacion, y

tengo el derecho de contar con ella constantemente.»

Este discurso fué escuchado con una viva emocion, y aplaudido con delirio. Napoleon volvió á las Tullerías con el mismo acompañamiento, y saludado por las mismas aclamaciones de la multitud.

Al otro dia y en los siguientes, se presentaron las diferentes leyes que fijaban el presupuesto de 1807 en 720.000.000 de ingresos y gastos: que pedian para 1808 simples créditos provisionales conforme al uso de aquel tiempo; que para el mismo año de 1808 restituian al pais 20.000.000 de la contribucion territorial (1); que arreglaban la concurrencia de los departamentos á las grandes obras de utilidad general, establecian un Tribunal de Cuentas, y debian en fin, componer el Código de Comercio. Al Senado estaban reservadas las medidas concernientes á la institucion de los nuevos títulos, el arreglo de la magistratura, y la reunion del Tribunalado al Cuerpo legislativo. A la presentacion de todas aquellas leyes siguió una exposicion del ministro de lo Interior acerca de la situacion del imperio. Cuando aquel ministro en un cuadro, cuyo fondo y forma casi habia trazado Napoleon, concluyó de pintar el estado floreciente de la Francia, los progresos de su industria y comercio, el impulso dado á todas las obras, la construccion simultánea de canales, caminos, puentes, y monu-

(1) He dicho en otra parte 15.000.000; eran sin embargo 20; pero los nuevos céntimos impuestos por la concurrencia de los departamentos á las obras públicas, los reducian á 15.